

El renombrado filólogo y antropólogo Gutierre Tibón, en su libro *La triade prenatal*, explica el papel tan importante que tenían los árboles sagrados en la cultura náhuatl y en todo el mundo prehispánico, así que el culto a los árboles perdura hasta nuestros días: “En el antiquísimo canto a Cihuacóatl, el chaman Ahuéhuatl, que se eleva soberbio sobre la muchedumbre humana, es símbolo de la protección y defensa que proporciona la diosa terrestre, aquí identificada con el ahuehuete de Chalma” (1981: 150, 151).

El ahuehuete de Chalma es un árbol sagrado y los danzantes antes de llegar al santuario hacen sus abluciones en la fuente que brota de él. Creen que la presencia de este árbol los purifica y los prepara para vivir una experiencia espiritual muy elevada. Los poetas nahuas expresan la idea de la transformación de los hombres ilustres —como Nezahualcōyotl— en un árbol que ofrece sus flores, que son sus poemas, al pueblo:

Ya se extienden, ya se extienden nuestros cantos
en la casa de las joyas, en la casa del oro
se ensancha al Árbol Floreciente,
se estremece, se remece,
beben en él miel las aves doradas y las aves rojas.
Tú te has convertido en el Árbol Floreciente,
abres tus ramas, tú las inclinas hacia abajo,
has venido a erguirte en la presencia del dios,
yérguete aún, echa brotes en la tierra.